



“Tiempo Mexicano”: 50 años después”

8ª. Edición CICF
Mayo 18-19, 2021

Víctor Arredondo
Secretario de la Cátedra Interamericana Carlos Fuentes
Universidad Veracruzana

Fundamentación

El cincuentenario de la primera edición del ensayo “Tiempo Mexicano” de Carlos Fuentes (Ed. J. Mortiz, 1971), es ocasión propicia para reflexionar sobre la circularidad de historias, presentes y devenires de México. Una de las tesis centrales del escritor en esa destacada obra es que los tiempos mexicanos no son lineales porque no terminan de concluir: *“La coexistencia de todos los niveles históricos en México es sólo el signo externo de una decisión subconsciente de esta tierra y de esta gente, todo tiempo debe ser mantenido. ¿Por qué? Porque ningún tiempo mexicano se ha cumplido aún. Porque la historia de México es una serie de Edenes subvertidos a los que, como Ramón López Velarde, quisiéramos a un mismo tiempo regresar y olvidar”*.

En su relato construye una visión del pasado mexicano para explicar su presente y proyectarlo al futuro, y en ese esfuerzo intelectual encuentra un país de simultaneidades y coexistencias: desde el mundo original indígena con sus concepciones místicas y cósmicas circulares; pasando por la conquista española que aprovechó el mito de Quetzalcóatl y las pugnas indígenas para intentar borrar, sin éxito, la memoria de los conquistados; la colonia que prolongó el esquema orgánico de la Edad Media al desatender el potencial indígena y los vientos de modernidad europea de la época; la independencia que al proponerse recuperar el tiempo perdido nos llevó a deslumbrarnos por el progreso como utopía y que la clase burguesa usó para postergar reformas necesarias; la revolución que con la pesada tradición del centralismo y el paternalismo se institucionalizó perdiendo sus raíces porque rindió homenaje con palabras a la revolución y con actos al progreso burgués, olvidándose de los pobres; hasta concluir con lo ocurrido al final de la década de los sesenta del siglo 20: *“Nuevamente el culto a la actualidad se traduce en dictadura interna y en hegemonía económica de un imperialismo externo”*.

Según Fuentes, fue el mito de Quetzalcóatl el que sembró maíz en la tierra y la sospecha en las almas de los indígenas de que para que hubiera vida, lo que nace debe morir. Y ello se refleja en sus rituales y arte que representa a la serpiente emplumada que se devora a si misma o en símbolos donde el tiempo y el espacio no reflejan una secuencia lineal porque la manutención del cosmos requiere la circularidad que significa el regreso al origen; porque se asume que hay misterios que no se pueden explicar racionalmente. Y dado que los tiempos no son lineales, el mañana puede ser ayer y el hoy puede ser mañana, lo que nos genera tranquilidad: *“El mañana mexicano no significa aplazar las cosas hasta el día siguiente, sino impedir que el futuro intruya en la sagrada totalidad de hoy, del día presente. Cuando un pasado total late en el presente, el tiempo futuro es abstracto y carece de demasiado valor; mañana puede estar vacío, sólo hoy es plenamente seguro... Paradoja final del tiempo mexicano: el instante es retenido y eternizado dentro de su fugacidad. Todos los lugares comunes (sitios de encuentro) mexicanos nos lo dicen... La nostalgia del paraíso perdido y la imposibilidad del paraíso futuro en el presente deja a la mayor parte de los mexicanos sin más posibilidad que la del paraíso en el instante”*.

También insiste en una permanente convicción mexicana, creada por la violencia acumulada de siglos: *“el fin puede estar a la vuelta de la esquina, en una bala perdida, en un encuentro casual, en un estallido de cólera, en la simple enfermedad, la simple hambre, la simple esclavitud. El llamado gusto mexicano por la muerte sólo se salva en la vida, sólo es parte de la vida, si se convierte en hecho consciente, en compañero permanente, en objeto de celebración y resistencia trágica. La muerte también es el recurso de la transfiguración”*. ¿Acaso el mito de la circularidad y del plazo trágico del mañana inhiben la construcción del futuro? Él asume que no, siempre y cuando se destierre la corrupción y el autoritarismo investido con poder vertical y paternalista, propio del mundo religioso que ha obstaculizado la horizontalidad democrática, y que ambos han estado presentes en la colonia, la dictadura porfirista, la revolución institucionalizada y que fue irrumpida por el movimiento del 68. Así reseña cómo se justificaba apenas a inicios del siglo 20 el

paternalismo vertical: *"Los mexicanos son incapaces de gobernarse a sí mismos democráticamente; necesitan un padre benévolo que los guíe y que aplique flexiblemente el sentido general de la ley: esta conclusión, abiertamente expresada por la burocracia "científica" de la dictadura porfirista (que decía leer a Spencer y a Comte) es ahora cordialmente murmurada, junto con las reflexiones apropiadas sobre la naturaleza de la realpolitik, por sus herederos modernos, los dirigentes del PRI, la Asociación de Banqueros y las Cámaras de Comercio"*.

Por ello, Carlos Fuentes definió al movimiento del 68, a tres años de sucedido, como la cuarta transformación de México: *"Los sucesos de 1968 significaron para México una crisis de crecimiento, de transformación y de conciencia sólo comparable a la que los manuales de historia y los monumentos públicos consagran como etapas definitivas de nuestra existencia nacional: Independencia, Reforma y Revolución"*. Y justifica el que los jóvenes lucharan en la calle, dado que no tenían otro espacio o medio para hacerse escuchar, *"ganaron las calles que jamás pisan los dueños del poder de México"*. Lo hicieron para oponerse a un régimen viciado, autoritario y para que escucharan su voz en la construcción de una nación incluyente. Ante sus demandas políticas, el gobierno no tuvo más que la respuesta de la represión. Y aunque con esa respuesta salvaje, el gobierno ganó una breve pausa, él sentenció: *"El sistema se arruinó a sí mismo: primero, demostró que carecía de respuestas políticas a un problema político; segundo, demostró la fragilidad de las justificaciones de su poder; tercero, demostró que la estabilidad, lejos de sostenerse por sus propios méritos, requería el apoyo eficaz de las fuerzas represivas; cuarto, demostró que, lejos de constituir un caso excepcional y aislado de estabilidad en América Latina convulsa, México estaba abierto a todas las luchas y contradicciones de nuestros hermanos; quinto, demostró que el ejército mexicano, en un momento dado, podía despertar de una modorra procurada mediante grandes contratos y negocios a sus jefes e intervenir en la vida política a fin de preservar por la fuerza lo que la autoridad civil no podía con ineficaces actos políticos; sexto, demostró que México no estaba exento del peligro de un gorilato como los que se han impuesto en Brasil y Argentina y que la burguesía mexicana, cuyo único interés es hacer buenos negocios, no se opondría a la dictadura militar si en ella viese una protección*

superior a la del sistema continuista del PRI. Y en séptimo, aunque primordial, 1968 significó un enorme despertar de las fuerzas cívicas de México”.

Fuentes afirma que con el movimiento estudiantil los jóvenes rechazaron el llamado hueco a la “unidad nacional”, la prensa vendida al poder, la corrupción generalizada, el desarrollo económico sin libertad política y sin justicia social, los engaños del sistema mexicano, sus mediatizaciones y concesiones, las seculares fortalezas del paternalismo, la divinización del presidente, la abyección pseudo-religiosa ante el jefe. Y los intelectuales vieron la promesa de un país más libre, defendieron la cultura contra la amenaza de un fascismo oficial que uniformara el pensamiento. Los artistas entendieron que la represión dejaba petrificado el lenguaje, como monólogo obediente, sumisión, retórica y coro adulatorio. Así lo resumió: *“El país estaba despierto; el sistema, arruinado”.*

Entonces, si la ideología de la razón de estado, del progreso y de la defensa de la propiedad privada adoptada en América Latina y en México, disfraz moral de la clase burguesa, no dio resultado, ¿cómo se podría sacar provecho de la coexistencia de tradiciones heredadas de los tiempos mexicanos? El argumento de Fuentes es que habría que intentar la fusión de altos valores que están detrás de las concepciones míticas y cósmicas indígenas; de la legitimidad y continuidad romana que España malinterpretó como un proyecto social donde el poder y la divinidad coinciden en propósitos; del individualismo epicúreo y estoico que aísla de la comunidad a cambio de serenidad o satisfacción personal; y del positivismo empírico y racionalista, desenmascarando el interés particular de la clase burguesa y su razón de Estado. Y una vez que se alcance una síntesis y amalgama de tales valores, ir más allá de ella, al poner por encima del poder, los intereses de la comunidad. Esto es, aspirar a un utopismo comunitario y revolucionario que regenere un proyecto de vida propio y universal. A fin de cuentas, para evitar discusiones estériles entre lo local (nacionalismo empobrecedor) y lo universal (malinchismo traidor), Fuentes recordó que un ilustre pensador mexicano ya había encontrado el justo medio: *“(Alfonso) Reyes había librado la guerra contra el chovinismo estéril con el argumento de que una cultura sólo puede ser provechosamente nacional si es generosamente universal”.*

Siguiendo la lógica de Fuentes, la cultura se constituye en el gran aglutinador de todas las relaciones sociales, políticas, económicas y espirituales, en verdadero sostén y motor de una sociedad. Es la totalidad que permite apreciar nuestra relación con la tierra, la organización y energía que lleva a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, al cultivo de lo más sublime en la naturaleza humana, y reflexiona así: *“La cultura es un concepto global que subsume, que incluye y define el tipo de relaciones económicas, políticas, personales y espirituales de una sociedad. La cultura es, en palabras de Lewis Mumford, tanto el cuidado de la tierra y la apropiación disciplinada de la energía capaz de dar satisfacción económica a las necesidades del hombre como “el cultivo de las más plenas capacidades de cada ser humano en cuanto personalidad sensible, sintiente, pensante y actuante... Cultura es la transmisión del poder en política, de la experiencia en ciencia y filosofía, de la vida en la unidad y significado del arte. Cultura, por ello, es el proceso de la progresiva auto liberación del hombre. Lenguaje, arte, religión, ciencia son fases diversas de este proceso. En cada una de ellas, el hombre descubre y comprueba un nuevo poder, el poder de construir un mundo propio... El desarrollo no consiste sólo en el crecimiento del producto bruto, sino que significa el desarrollo de todas las posibilidades de cada hombre... La utopía puede cumplirse en un ahora concreto...”*

A partir de su diagnóstico deja ver que cualquier transformación debe partir de la realidad lacerante de que nuestro desarrollo ha estado manchado por la injusticia, la corrupción y la concentración de la riqueza, ha sido desequilibrado, está basado en la explotación de la gente pobre y ha fomentado una política que favorece que los monopolios locales se aparten del interés nacional, integrándose a un sistema de decisiones e intereses supranacionales. También asumió que los últimos acontecimientos serían la punta de lanza para el cambio esperado y lo dijo así: *“El país ha llegado a la etapa final de desarrollo económico con sacrificio del progreso social y de la libertad política... Tal es el sentido de la revuelta estudiantil que en 1968 estremeció los cimientos del soñoliento Establishment mexicano. La brutal reacción oficial, demuestra que por primera vez el sistema está a la defensiva, temerosos de conceder un milímetro de sus poderes adquiridos”.*

También anticipó a un aliado potencial para el cambio: *“La difusión universal del sonido, la imagen y la palabra se ha traducido en una conciencia cada vez más amplia de la concreción de los derechos individuales y de la practicabilidad de las aspiraciones sociales”*. Y al considerar lo anterior se pregunta sobre qué disyuntiva seguir para la acción, ¿una estrategia centralizada basada en el poder presidencial, que en el caso de Lázaro Cárdenas funcionó mientras se contó con su liderazgo, o mediante una vasta descentralización?

Él aconseja que el nuevo programa de acción debería partir de la base de que no es posible la transformación social sin recurrir a los canales de la expresión democrática, acotando la noción del cambio desde arriba si no se lucha contra las inercias del pasado y los intereses creados, recurriendo a la organización social que fomenta la participación ciudadana:

“Sólo el Estado puede reasumir la dirección enérgica del crecimiento mexicano, pero esta vez no a favor del sector privado, sino a favor de la colectividad. Hemos conocido ya los resultados del desarrollo económico sin justicia social... Corresponde a las fuerzas políticas de la izquierda expropiar la sociedad civil o, como propone Gramsci, arrebatarse a la clase dirigente el movimiento de la sociedad civil antes de atacar su poder de estado, ganar la batalla ideológica, ganar mediante la organización la batalla al espontaneísmo... La expropiación de la sociedad civil puede realizarse en México en talleres, cooperativas agrícolas, fábricas, redacciones de periódicos, universidades, sindicatos, estudios de cine y televisión, laboratorios, hospitales y escuelas”.

Es por ello que su convocatoria para la verdadera transformación implica la acción colectiva organizada, orientada por metas comunes, apoyada en la fuerza de toda la sociedad. Es una convocatoria que no es sectaria, y aunque genérica, de tanto repetirse podría asegurar aliados: *“Organicémonos, pues sólo en la organización podrán multiplicarse los nuevos dirigentes, los nuevos intelectuales que hoy viven aislados, sin salida para sus energías, sin objetivos para sus aportaciones... Dejemos de ser, todos, nadie; seamos, todos, alguien. Construyamos, todos juntos, una nueva convivencia mexicana, más justa y más libre...”*

En 1994, después de la apertura del Tratado de Libre Comercio, del levantamiento Zapatista y de los cruentos asesinatos políticos, Carlos Fuentes revisa postulados ante la enorme “herida mexicana” causada por el binomio falta de democracia y falta de desarrollo, actualizando su balance al que titula *Nuevo Tiempo Mexicano* (1994). Ahí reconoce que ambos vacíos han producido un quiebre de adhesiones, la erosión de los lazos sociales, una herida abierta que sólo puede cerrarse si se enfrentan cabalmente los problemas de fondo que no pueden ser desplazados hacia la peor de nuestras ilusiones históricas: *“que otros se ocupen de mis problemas, yo soy incapaz de resolverlos... Debemos recobrar la patria. Terminó la época de las ilusiones, la grandilocuencia y la soberbia. Llegó la hora del trabajo, de la modestia y del Alka Seltzer colectivo”*.

Y aunque reconoce el valor de las políticas que controlaron la inflación, que liberaron al Estado de cargas innecesarias, que obtuvieron superávits presupuestales sucesivos y que abrieron una economía cerrada y sobreprotegida al libre comercio y a la integración internacional, alerta sobre consecuencias de la globalización en la soberanía mexicana que podrían conducir al país a un futuro promisorio o clausurado: *“Nuestro crecimiento depende de nuestro trabajo, y con TLC, nuestra soberanía depende de nosotros mismos... No busco en el nacionalismo la defensa de la nación... Pero si busco la defensa de la sociedad, de la cultura y de quienes hacemos una y otra, como proyectos nacidos de nuestra imaginación y de nuestra voluntad, de nuestra memoria y de nuestro deseo”*.

Recapitulación

“Tiempo Mexicano” escrito hace medio siglo y actualizado en 1994, aún es vigente; ofrece conceptos útiles para interpretar el México del 2021, año circular de nuestra historia que marca quinientos años de la “conclusión” de la Conquista, doscientos de la Independencia y 100 años de la Revolución. ¿Acaso ya acabaron de culminar? Esta obra nos permite descifrar nuevas circularidades, regresos a lo transitado sin éxito y caminos alternos no explorados cabalmente. Los reclamos de equidad social, seguridad, justicia y rendición de cuentas recién volvieron a tocar las puertas de la nación, con tal fuerza, que una gran mayoría de mexicanos decidió que se afrontaran en serio.

Los reclamos sociales por un México más justo deben asumirse en las agendas de gobierno y de las organizaciones civiles y privadas. ¿Cómo podríamos asegurar que lo hecho hoy trascienda a tal grado que, dentro de 50 años, esta etapa sea objeto de estudio de los historiadores por tratarse de una agenda concluida, superada? No hay que olvidar que la auténtica solución no se encuentra en las meras dádivas sino en la construcción de una cultura y nación fuertes que ofrezcan a cada mexicano la capacidad de apoderarse de su propio destino y la organización colectiva que nos permita alcanzar una vida en democracia participativa, justa, gratificante, plena y en relación armónica con el resto del mundo.

La 8ª. Edición de la CICF, ahora en modalidad virtual, reflexionará al respecto con el respaldo de la inteligencia y la pluralidad de ideas.

MESAS TEMÁTICAS

MESA I. Tiempo Histórico

Se pretende analizar los procesos históricos que Carlos Fuentes aborda en *Tiempo Mexicano (1971)*, con la finalidad apremiante de utilizar su pensamiento para entender nuestro presente y lograr de tal forma encontrar respuestas a las múltiples problemáticas que tenemos hoy en día como país. Para lo anterior, es necesario revisar y discutir la historia desde la aproximación intelectual que Fuentes nos presenta: ¿la Conquista o el encuentro de mundos?, la Independencia y la consumación de la misma; la Revolución Mexicana y la conclusión de sus promesas, el México post moderno.

Ponentes: Héctor Aguilar Camín, Roger Bartra, Carmen Iglesias.

Moderador: Víctor Arredondo

MESA II. Tiempo Político

Fuentes creció en un tiempo donde la preocupación intelectual se centraba en la democracia. Hoy como ayer es un tema vigente. La democracia es un modelo inacabado y en peligro de regresiones, vivimos un tiempo donde el presidencialismo parece retornar, para discutir este tiempo no hay mejor óptica que la de *Tiempo Mexicano (1971)*. La realidad política y sus transformación en la segunda mitad del Siglo XX, no se puede entender sin la presencia de los movimientos sociales. Por ello mirar 1968 es siempre encontrar una nueva mirada, y revisar y discutir el movimiento estudiantil de 1971 es abrir la polémica y repantear desde la academia, el papel de Carlos Fuentes como intelectual en esos años.

Panelistas: José Woldenberg, Federico Reyes Heróles, Jovany Hurtado García.

Moderador: Pendiente

MESA III: **Tiempo Cultural**

Si la política desune y la historia es el espacio de los puntos que nunca coinciden, la cultura se convierte en el puente de unión que le da espacio a la pluralidad de ideas. En Fuentes confluyen todas las corrientes de pensamiento para interpretar su presente y recrear el futuro. Por eso en *Tiempo Mexicano (1971)* aparece Don Quijote y Don Juan, sin dejar de lado la pintura innovadora de Gironella o José Luis Cuevas. La cultura es la parte central que nutre su pensamiento y es el prisma con el que mira la realidad mexicana.

Panelistas: Liliana Weinberg, Hernán Lara Zavala, Georgina García Gutierrez, Julio Ortega.

Moderador: Pendiente

PROGRAMA

Martes 18 de Mayo:

10:00 am – 10:40 am Sesión inaugural
10:45 am – 12:00 Mesa Temática 1: “Tiempo Histórico”

Miércoles 19 de Mayo:

10:00 am – 11:25 am Mesa Temática 2: “Tiempo Político”
11:30 am – 13:00 pm Mesa Temática 3: “Tiempo Cultural”